

modo el infante don Enrique, pretendiendo quitar al rey lo suyo; al rey, que se lo ha dado todo, en vez de darlo á quienes lo quiere dar; en lo cual causa un gran daño y comete un gran pecado: encomiéndooos pues, caballeros, que si viéseis á don Enrique llegar á punto de muerte, le aconsejéis, haciéndole fuerza con las mejores razones que pudiéreis, entregue al rey las villas y castillos que le ha dado, y además hablad de mi parte á fray Pero Ruiz, de la orden de San Francisco, confesor de don Enrique, que se lo aconseje y se lo mande en penitencia, por sus muchas y graves culpas: y mandoos os vayais al momento con don Enrique, y procureis de cuantas maneras podais que mande entregar las villas y los castillos al rey; y yo esperaré lo que me mandáreis á decir acerca de lo que os encargo, aquí en Medina; y si ayuda fuere menester para alguna cosa, yo apellidaré toda la tierra é iré con mi persona á defender lo que es del rey mi hijo.

—Así lo haremos, señora, como vuestra señoría lo manda, contestaron los dos caballeros.

Y llevando cartas de la reina para el confesor de don Enrique y para otras personas, partieron para Roa.

CAPITULO XIX.

DE CÓMO REVENTÓ EL INFANTE DON ENRIQUE, Y DEL DUELO QUE HIZO POR ÉL LA REINA, Y DE LAS FIESTAS QUE POR SU MUERTE HIZO EL REY.

I.

Era á mediados del mes de Julio.

En el castillo de la villa de Roa, en la parte que tenia destinada para habitacion del señor, como todos los castillos de aquel tiempo, que no era ni muy ancha ni muy cómoda, yacia en un enorme lecho el infante don Enrique, que se moria, no se sabia de qué, porque sus físicos, maestre Fabricio de Ampuero y maestre Miguel Lucas, no daban con la enfermedad.

El infante se consumia, sudaba mucho, le daban frecuentes vértigos que á veces parecian mortales, y no se podia tener de pié.

No le dolia nada sino el alma, y no sabemos con cuánta rabia veia asomar de dos en dos horas, con una precision tremenda, la rubia cabeza de la Palomilla, que le decia con acento agonizante:

—¿Cómo estais, señor? no os murais, por Dios, porque si os morís, no podré nunca consolarme.

—Procuraré no morirme, decia con voz ronca el infante, mirando con los ojos inyectados á su esposa, pero no inyectados de sangre, sino de bilis, aunque no sea mas que porque vos no os desconsoléis.

La Palomilla se iba á la cámara donde habitaba, y añadía algo á una carta que escribía.

Todos los dias salía una carta que no era otra cosa que el diario, ó mejor dicho, el horario de la enfermedad de don Enrique.

El correo partía bien montado y bien apercebido de dineros para proveerse de caballos si se le inutilizaba el que montaba, y con órden de no detenerse ni un punto en el camino hasta llegar á Medina del Campo y entregar aquella carta á doña María de la Cinta, esposa del muy noble infanzon señor de las Batuecas, que á pesar de la altura á que habia llegado, continuaba al servicio de la muy alta señora infanta doña María de Granada y de Molina, pero con el honroso pretesto de canciller suyo ó guarda de sus sellos y alcaide de los alcaides de las villas y castillos de la señora infanta.

En cuanto doña María de la Cinta, que se habia salido mucho de cuello desde que se habia visto infanzona, y ya no se trataba con pajes ni con otras personas mucho mas altas, recibía la carta y el mensaje de palabra del correo, se iba á buscar á Zancudo y le decia sonriendo:

—Marido mio, aquí teneis esta carta que mi señora la infanta doña Juana Nuñez me ha enviado para que os la dé sin abrirla, á fin de que sin abrirla vos la entreguéis á vuestra señora la infanta doña María.

Zancudo miraba la carta, la daba dos ó tres vueltas, la olía, y deteniéndose aquí su curiosidad, se acariciaba la barba, se echaba encima un gran ropon talar verde unas veces en representacion de su señorío de Carcavilla, rojo otras como símbolo de la guerra que tenia que hacer para poseer de hecho el señorío de las Batuecas, montaba en su antiguo corcel que hacia ya algunos años habia cerrado, y precedido de dos pajes á caballo y

seguido de cuatro escuderos montados como correspondia á su rango, todo lo cual y mas que pertenecía á la servidumbre de Zancudo y á sus gastos pagaba Zayda Fatima, porque el ilustre infanzon, señor de las Batuecas y de Carcavilla, no tenia de qué ni por dónde le viniese, y se iba á la posada de la reina, esto es, al alcázar, buscaba á Zayda Fatima y la entregaba la carta.

Zayda Fatima la abría y leía lo siguiente:

(Nos referimos á una tercera carta de la Palomilla, por no transcribirlas todas.)

II.

«La infanta doña Juana Nuñez de Lara, á su muy querida hermana del corazon la señora infanta doña María de Granada y de Molina:

Despues de las dos que os he enviado, porque creia que encontrándose como se encuentra mi marido debia avisar por vuestro medio á la noble reina doña María de la cuita en que don Enrique se halla, me ha traído secretamente un correo de la dicha reina mi señora una recomendacion suya para que yo aconseje á mi marido, por el peligro en que se halla, deje al rey don Fernando todas las villas y castillos, tierras y heredades que le dió de por vida.

Bien quisiera yo hacerlo, que por Dios y por mi alma no soy ambiciosa, ni para ser rica y potente he menester mas que los heredamientos que me dejó mi padre, y porque además estoy segura de que en su testamento no se acordará para nada de mí mi muy amado esposo y señor, por cuya mejoría y convalecimiento ruego á Dios fervorosamente; pero nada puedo hacer por mas que lo sienta, porque nunca le encuentro sino muy acompañado de sus médicos, de su confesor y de su canciller y de don Diego Lopez, que no le dejan un punto; y en segundo lugar, aunque solo le encontrara, no me oiría, porque me mira con

una ojeriza de muerte, creyendo (Dios le perdone) que yo le he dado algo para que se muera; y sabeis que mi marido no anda muy firme de la cabeza desde aquel accidente que le dió cuando se levantó el cerco de Paredes, que todos creimos que se habia vuelto loco de remate; y sabeis tambien que desde que convaleció de aquel accidente, no me mira á derechas, y que ha dicho que aquel accidente le sobrevino de una taza de vino caliente especiado que yo le dí: hay que tener mucha paciencia con don Enrique, porque como él es capaz de cualquier cosa, cuando le sobreviene algo que le hace daño, recela de todos los que tiene alrededor, aunque sean unos santos, y mártires además, por sufrirle; por lo que os he dicho vereis que, aunque con grande sentimiento, no puedo hacer nada en el encargo con que me ha honrado la reina, pero puedo sí avisaros de todo.

El infante ha pasado muy mala noche, suda y mas suda, está frio, le repugnan las medicinas de manera que no las toma, y tras una basca le entra otra, y no sale de una congoja sino para caer en otra mas grande.

Yo creo que está obrando en él aquella excomunion que le fulminó el Papa; la absolucion de la cual no le ha aprovechado porque se la dieron *sub conditione* de enmienda, y ni se ha arrepentido ni se ha enmendado.

Su confesor, que es un santo varon, como le oye prorumpir en blasfemias y en desesperaciones, dice que tiene algo del diablo en el cuerpo, y que es necesario exorcizarle para sacarle los malos: al infante don Juan Manuel se le ha enviado un mandadero con órden de que venga al instante porque su tio se muere; y el que mas emperrado está en que no se aconseje á don Enrique entregue al rey por su testamento lo que del rey tiene, es su canceller que está vendido al infante don Juan Manuel, que se ha quitado ya la máscara y empieza á mostrar que es tan traidor al rey como todos los otros. Yo creo que lo mejor será que se venga para acá la reina y meta el resuello para adentro al canceller del infante y al infante don Juan Manuel, que no tardará en llegar; en cuanto á don Diego Lopez de Haro, anda como asustado y desvaído y apareciendo tan pobre hombre, que

si la reina le promete dejarle su señorío de Vizcaya, hará de él lo que quisiere; é importa tanto don Diego Lopez, como que toda la gente de armas que hay en la villa es suya, y los ricos hombres, caballeros, hijo-dalgos de Castilla que aquí con don Enrique están, harán lo que don Diego quisiere.

Esto es cuanto ocurre: esperad otra carta mia mañana con lo que hubiere, y sabed que os ama mucho vuestra hermana del corazon.—*Doña Juana.*»

III.

Zayda Fatima llevaba estas cartas á la reina, y con lo que esta le mandaba, contestaba á la Palomilla con el mismo correo que habia traído la carta á que se contestaba.

Entre tanto, los caballeros que á Roa habia enviado la reina y maestre Nicolao su fisico, para que hablasen con los otros caballeros que asistian al infante y con don Diego Lopez de Haro y con el canceller del infante y con su confesor, hablaron con los caballeros de Castilla que con don Enrique estaban y con los de la villa, y les dijeron que la reina los enviaba para que el rey don Fernando cobrase las villas y castillos que habia dado al infante don Enrique, caso de que este muriese; y á los de Roa, que les mandaban de parte de la reina, y les aconsejaban de la suya, que guardasen la villa; y que si el infante don Juan Manuel ú otro hombre poderoso viniese á ella, no le dejasen entrar, y que para esto les ayudarian ellos, y que si fuera necesario iria la reina.

Plúgoles esto mucho á los de la villa, y contestaron que querian que los de la reina que allí estaban les hiciesen homenaje de que los ayudarian en todo; y los enviados de la reina así lo otorgaron y así se hizo, asegurando á los de Roa con todo el poder de las ciudades de Avila y Segovia, de que eran personeros los enviados.

En cuanto á maestre Nicolao, escribió á la reina doña María

acerca de la enfermedad de don Enrique una carta reservada que á nadie mostró la reina, pero que al leerla la puso pálida, la entristeció y la conmovió.

Entre tanto, los otros físicos decían con toda su buena fé, que no entendían la enfermedad del infante.

La reina mandó á don Nicolao reservadamente hiciese cuanto pudiese por salvar á don Enrique.

—¡Bah! dijo maestre Nicolao cuando leyó la carta de la reina: ¡si ello no puede ser, y la reina no tiene la culpa! me alegro mucho de lo que sucede, y de que sea imposible salvar á don Enrique.

La Palomilla seguía asomando su rubia cabeza de dos en dos horas y preguntando al infante cómo se sentía.

El infante cada vez la respondía peor y con los ojos mas inyectados de bilis.

III.

Por este tiempo, que era á fines de julio, apretó de tal manera la dolencia á don Enrique, que en una de aquellas bascas que le daban quedó de tal manera, que los físicos, incluso maestre Nicolao que era muy sabio, creyeron que había muerto; y aún no acabado de creer esto, cuando la Palomilla se encerró con sus doncellas á plañir, y don Diego Lopez de Haro iba de acá para allá, sin saber qué hacerse, puesto que con don Enrique se le había muerto el pensamiento que le guiaba; y el confesor del creído difunto don fray Pero Ruiz, de la orden del seráfico San Francisco, rezaba por su alma, y su canciller andaba arreglando papeles y sellando cofres.

Sobrevino á la puerta de afuera de la villa el infante don Juan Manuel, que como sabemos había sido llamado, con mucha y buena gente de guerra.

Los de la villa, en cuanto lo vieron venir cerraron la puerta, y llegado, no quisieron acogerle dentro; pero tanto insistió el in-

fante, que al fin los de la villa le dijeron que le dejarían entrar con solo dos de á caballo, pero haciéndoles pleito homenaje de que le podrían echar fuera ó matarle si pretendía hacerles daño.

Hizo el infante el pleito homenaje que se le había pedido, y entonces con solos dos de sus caballeros entró en la villa, y se fué en derechura al alcázar y á la cámara en que estaba el infante don Enrique; y en viéndole, creyóle muerto; y sin mas, y como quien sabía que por el testamento del infante había quedado heredado en gran manera, pidió al canciller del infante las llaves de los cofres, y cogió todo el dinero, todas las alhajas y todas las cosas de valor que en ellos halló; muchas cartas en blanco del rey que tenía el infante don Enrique, y todos sus caballos y mulas; y llevándose todo, se salió de la villa y emprendió la vía para su villa de Peñafiel.

IV.

Los caballeros de Avila y Segovia que estaban en Roa por la reina, avisaron á esta de cómo el infante don Juan Manuel estaba en la villa, y que recelaban se quería apoderar de ella; y la pedían por merced se fuese para allá, y que llevase cuanta gente pudiese.

Llegó la noticia de la estancia de don Juan Manuel en la villa de Roa al amanecer del viernes 1.º de agosto, á tiempo que estaban con la reina caballeros de Avila y de Segovia y de Arévalo, lo que demostraba que la reina madrugaba mucho y se dedicaba desde muy temprano á los negocios; y consultándoles sobre lo que sucedía, la dijeron que estaban á su mandado; y entonces les mandó que se preparasen para ir luego con ella á la villa de Roa, pasando antes por Valladolid, para recoger la mas gente que se pudiese.

V.

Pusiéronse en el momento en camino, y al día siguiente de haber llegado á Valladolid la reina, habló con los de la villa sobre que la siguiesen á Roa, lo cual otorgaron de muy buen grado, y se prepararon para marchar al día siguiente.

Cuando estaban á punto de marchar llegó noticia de los caballeros que por la reina estaban en Roa de cómo el infante don Juan Manuel era ido, llevándose todo lo que el difunto infante don Enrique tenia en la villa de Roa; que la villa estaba al servicio del rey, como la reina lo habia mandado, y además que don Enrique no habia muerto, sino que habia estado algunas horas tal como cadáver, y que al cabo de ellas habia vuelto en sí y tan mejorado, que los físicos creian que curaria.

Quedóse la reina en Valladolid cuando esto supo, y como habia anunciado la muerte de don Enrique al rey don Fernando, le avisó tambien de que no habia muerto.

En cuanto el rey recibió la primera noticia, esto es, que Dios le habia matado su mayor enemigo, se alegró y quiso que todos se alegrasen; y aunque esto no era prudente ni caritativo, mandó hacer grandes fiestas, y en ellas estaba aún cuando llegó la noticia de que no habia muerto don Enrique, lo cual causó tan gran sentimiento y tan gran tristeza, que las fiestas se cortaron bruscamente, acabando en duelo.

VI.

La reina entre tanto mandó preguntar á los físicos de don Enrique si era cierto que este podia curar, á lo que ellos contes-

taron que no podian afirmararlo, pero que la enfermedad habia vuelto á hacerse muy peligrosa, y que dudaban de su vida.

Entonces la reina envió cartas-órdenes á todos los alcaides que tenían por don Enrique villas y castillos en los reinos de don Fernando, diciéndoles que bien sabian que el infante don Enrique tenia todas sus villas y castillos durante su vida, y nada más; y que estando enfermo y en peligro de muerte don Enrique, les mandaba que si de la dolencia muriese, guardasen por el rey las villas y los castillos, y que si para ello necesitasen ayuda se lo dijiesen, y que ella los ayudaria.

VII.

Y los alcaides y los concejos de los castillos y lugares que don Enrique tenia, acogieron gratamente las cartas de la reina, porque querian ser mas del rey que de don Enrique, que los estrujaba, y contestaron que habian recibido merced con sus cartas; y que si el infante don Enrique muriese, guardarian las villas y los castillos por el rey.

VIII.

Entre tanto, apretó de tal modo el mal á don Enrique, que murió definitivamente, y sin que pudiese quedar duda de ello, el viernes 8 de agosto.

Noticiólo al momento que lo supo la reina al rey don Fernando su hijo, que estaba en Córdoba, y el rey volvió á reanudar aquellas fiestas tan bruscamente cortadas, haciéndolas muy mas grandes, alegres y fastuosas.

IX.

Don Enrique habia mandado en su testamento le enterrasen en Valladolid, en el monasterio de los frailes Menores, y algunos de sus vasallos, no todos, le llevaron desde Roa á Valladolid.

Y como don Enrique habia hecho muy poco bien á nadie, muy pocos de sus vasallos le acompañaron, y aun así, no cortaron las colas á los caballos, como era costumbre en los de Castilla cada y cuando que perdian señor, y le traian sin candelas y sin paños de oro, como convenia á un hombre de tanta representacion como don Enrique, tio mayor del rey, hermano de su abuelo, su tutor y guarda de sus reinos tantos años, y llegado por mercedes del rey á tanto poder y grandeza.

Pero como todo esto lo habia alcanzado por sus malas artes, y á nadie habia favorecido ni estimado, su muerte fué la del puerco, con perdon sea dicho, de la cual se alegra todo el mundo.

¡Gran enseñanza para los miserables y egoistas, que solo piensan en sí mismos!

La reina fué la única que despues de muerto se mostró con don Enrique tan generosa como se habia mostrado en vida; y antes de que el cadáver entrase en Valladolid, sabiendo lo indecorosamente que venia, les envió acompañamiento de religiosos y candelas y un riquísimo paño de tartarí para el féretro, y ricos hombres de su casa para que le condujesen, y otros para que le honrasen y acompañasen; juntó además en San Francisco, donde debia ser enterrado el infante, todos los clérigos y hombres y mujeres de órden de Valladolid, esto es, frailes y monjas; y ella con sus hijos la infanta doña Isabel y el infante don Pedro hizo el duelo muy cumplido; y á los cuarenta dias de haber sido enterrado el infante, mandó la reina se le hiciesen en San Francisco unas solemnes exequias.

X.

Pero al mismo tiempo, y como nada tiene que ver lo cortés con lo valiente, la reina recobró para el rey su hijo todos los castillos, villas, lugares y tierras que tenia don Enrique, y los guarneció y los aseguró de manera, que ni el infante don Juan Manuel, ni los otros á quienes habia heredado indebidamente en su testamento el infante don Enrique, pudiesen hacer nada.

La muerte de este infante fué un verdadero acontecimiento: habia acabado con él uno de los conspiradores mas terribles y que mas habian influido en los grandes trastornos y en las graves eventualidades del reinado de don Fernando el IV.

Los que quedaban no eran ni con mucho tan terribles, y á mas de esto, la corona habia recobrado un incalculable número de castillos, villas y lugares, y los inmensos territorios de que se habia apoderado, prevaleándose de las circunstancias, el infante don Enrique.

La reina reposó al fin un tanto: lo que la quedaba que vencer no era tal cosa que con ella no se atreviese con la seguridad del triunfo su gran corazon.

FIN DEL LIBRO QUINTO.